

## Los sonetos de la Muerte

### I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,  
te bajaré a la tierra humilde y soleada.  
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,  
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una  
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,  
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna  
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,  
y en la azulada y leve polvareda de luna,  
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,  
porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna  
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

### 2

Este largo cansancio se hará mayor un día,  
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir  
arrastrando su masa por la rosada vía,  
por donde van los hombres, contentos de vivir

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura  
para las hondas huesas tu carne todavía,  
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;  
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había  
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

## 3

Malas manos tomaron tu vida desde el día  
en que, a una señal de astros, dejara su plantel  
nevado de azucenas. En gozo florecía.  
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: «Por las sendas mortales  
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!  
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales  
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!  
Su barca empuja un negro viento de tempestad.  
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor.»

Se detuvo la barca rosa de su vivir...  
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?  
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

## Cima

La hora de la tarde, la que pone  
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;  
una pierde, angustiada,  
en este atardecer el solo pecho  
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja  
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra  
y se llena de calma.  
Pero mira de lo hondo que se enciende  
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora  
mi invariable canción atribulada.  
¿Seré yo la que baño  
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento  
que mi costado mana.

## Meciendo

El mar sus millares de olas  
mece, divino.

Oyendo a los mares amantes,  
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche  
mece los trigos.

Oyendo a los vientos amantes,  
mezo a mi niño.

Dios padre sus miles de mundos  
mece sin ruido.

Sintiendo su mano en la sombra  
mezo a mi niño.

## Yo no tengo soledad

Es la noche desamparo  
de las sierras hasta el mar.  
Pero yo, la que te mece,  
¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo  
si la luna cae al mar.  
Pero yo, la que te estrecha,  
¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo  
y la carne triste va.  
Pero yo, la que te oprime,  
¡yo no tengo soledad!

*yo no tengo soledad*

## La noche

Por que duermas, hijo mío,  
el ocaso no arde más:  
no hay más brillo que el rocío,  
más blancura que mi faz.

Por que duermas, hijo mío,  
el camino enmudeció:  
nadie gime sino el río;  
nada existe sino yo. — *solopleno?*

Se anegó de niebla el llano.  
Se encogió el suspiro azul.  
Se ha posado como mano  
sobre el mundo la quietud.

Yo no sólo fui meciendo  
a mi niño en mi cantar:  
a la Tierra iba durmiendo  
al vaivén del acunar...

*"grande"*

## La fuga

Madre mía, en el sueño  
ando por paisajes cardenosos:  
un monte negro que se contornea  
siempre, para alcanzar el otro monte;  
y en el que sigue estás tú vagamente,  
pero siempre hay otro monte redondo  
que circundar, para pagar el paso  
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tu misma vas haciendo  
el camino de juegos y de expolios.  
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,  
mas no podemos vernos en los ojos,  
y no podemos trocarnos palabra,  
cual la Eurídice y el Orfeo solos,  
las dos cumpliendo un voto o un castigo,  
ambas con pies y con acento rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:  
te llevo en mí, en un peso angustioso  
y amoroso a la vez, como pobre hijo  
galeoto a su padre galeoto,  
y hay que enhebrar los cerros repetidos,  
sin decir el secreto doloroso:  
que yo te llevo hurtada a dioses crueles  
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

*sponje + hella*  
*La palabra de*  
 Y me das unas voces de sarcasmo *pondi*  
 desde tres puntos, y en dolor me rompo,  
 porque mi cuerpo es uno, el que me diste,  
 y tú eres un agua de cien ojos,  
 y eres un paisaje de mil brazos, *mo*  
 nunca más lo que son los amorosos: *viga i*  
 un pecho vivo sobre un pecho vivo, *averch*  
 nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,  
 como dicen que quedan los gloriosos,  
 delante de su Dios, en dos anillos  
 de luz o en dos medallones absortos,  
 ensartados en un rayo de gloria  
 o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,  
 o vas conmigo, y no te veo el rostro;  
 o vas en mí por terrible convenio,  
 sin responderme con tu cuerpo sordo,  
 siempre por el rosario de los cerros,  
 que cobran sangre para entregar gozo,  
 y hacen danzar en torno a cada uno,  
 hasta el momento de la sien ardiendo,  
 del cascabel de la antigua demencia  
 y de la trampa en el vórtice rojo!

## Nocturno de la consumación

A Waldo Frank

Te olvidaste del rostro que hiciste  
 en un valle a una oscura mujer;  
 olvidaste entre todas tus formas  
 mi alzada de lento ciprés;  
 cabras vivas, vicuñas doradas  
 te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida  
 las criaturas que te hacen tropel;  
 te han borrado mis hombros las dunas  
 y mi frente algarrobo y maitén.  
 Cuantas cosas gloriosas hiciste  
 te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca  
 la canción por la sola merced;  
 como Tú me enseñaste este modo  
 de estirarte mi esponja con hiel,  
 yo me pongo a cantar tus olvidos,  
 por hincarte mi grito otra vez.

Yo te digo que me has olvidado  
 pan de tierra de la insipidez,  
 leño triste que sobra en tus haces,  
 pez sombrío que afrenta la sed.

inmensa promesa  
 les de mies;  
 de Arcángeles  
 ne hagan arder;  
 ados de música  
 vavaste a pacer.

e masco tinieblas,  
 é reaprender;  
 piso las lavas  
 lones los pies;  
 muerdo el desierto  
 llama la Sed.

paloma zurita  
 pecho a beber;  
 inas divinas,  
 gran aridez.  
 a la mano una nueva,  
 cida a mi Rey.

acabar de la encina  
 o deje la hez;  
 par del celaje  
 y quiso perder;  
 a pobre medusa  
 consuma su bien.

lo un amor que es terrible  
 gozo a cercén;  
 mor de la nada,  
 nca volver,  
 la tierra

## Loca

¡Cristo, hijo  
 carne que aquí  
 que se acuerda  
 y de un vagido  
 recibe a la que  
 cantándome c  
 y llévala con la  
 espejos que se  
 y cañas que se  
 en hijos sobre

¡Piedra de ca  
 a la mitad del e  
 en los cielos to  
 con bulto cruc  
 y cuando busca  
 piedra loca de  
 piedra que and  
 vagabunda has  
 piedra de Crist  
 y cíñetela a tus  
 y yo mire de lo  
 en señales, sus

¡Río vertical  
 agua del absurd  
 parado y corrie  
 en su presa y de



## Cordillera

¡Cordillera de los Andes,  
Madre yacente y Madre que anda,  
que de niños nos enloquece  
y hace morir cuando nos falta;  
que en los metales y el amianto  
nos aupaste las entrañas;  
hallazgo de los primogénitos,  
de Mama Ocllo y Manco Cápac,  
tremendo amor y alzado cuerno  
del hidromiel de la esperanza!

Jadeadora del Zodíaco,  
sobre la esfera galopada;  
corredora de meridianos,  
piedra Mazzepa que no se cansa,  
Atalanta que en la carrera  
es el camino y es la marcha,  
y nos lleva, pecho con pecho,  
a lo madre y lo marejada,  
a maná blanco y peán rojo  
de nuestra bienaventuranza.

Caminas, madre, sin rodillas,  
dura de ímpetu y confianza;  
con tus siete pueblos caminas  
en tus faldas acicilias

cruzas el cingulo de fuego  
y los ríos Dioscuros lanzas<sup>4</sup>;  
pruebas Sargassos de salmuera  
y descendes alucinada...

Viboreas de las señales  
del camino del Inca Huayna,  
veteada de ingenierías  
y tropeles de alpaca y llama,  
de la hebra del indio atónito  
y del ¡ay! de la quena mágica.  
Donde son valles, son dulzuras;  
donde repechas, das el ansia;  
donde azurea el altiplano  
es la anchura de la alabanza.

Extendida como una amante  
y en los soles reverberada,  
punzas al indio y al venado  
con el jengibre y con la salvia;  
en las carnes vivas te oyes  
lento hormiguero, sorda vizcacha;  
oyes al puma ayuntamiento  
y a la nevera, despeñada,  
y te escuchas el propio amor  
en tumbo y tumbo de tu lava ...  
Bajan de tí, bajan cantando,  
como de nupcias consumadas,  
tumbadores de las caobas  
y rompedor de araucarias.

Aleluya por el tenerte  
para cosecha de las fábulas,

vaho de niebla y vaho de habla.  
¡Por las noches nos acordamos  
de bestia negra y plateada,  
leona que era nuestra madre  
y de pie nos amamantaba!

En los umbrales de mis casas,  
tengo tu sombra amoratada.  
Hago, sonámbula, mis rutas,  
en seguimiento de tu espalda,  
o devanándome en tu niebla,  
o tanteando un flanco de arco;  
y la tarde me cae al pecho  
en una madre desollada.  
¡Ancha pasión, por la pasión  
de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,  
halalí de piedras rodadas,  
sueño de piedra que soñamos,  
piedras del mundo pastoreadas;  
enderezarse de las piedras  
para juntarse con sus almas!  
¡En el cerco del valle de Elquí,  
bajo la luna de fantasma,  
no sabemos si somos hombres  
o somos peñas arrobadas!

Vuelven los tiempos en sordo río  
y se les oye la arribada  
a la meseta de los Cuzcos  
que es la peana de la gracia.  
Silbaste el silbo subterráneo

¡Anduvimos como los hijos  
que perdieron signo y palabra,  
como beduíno o ismaelita,  
como las peñas hondeadas,  
vagabundos envilecidos,  
gajos pisados de vid santa,  
hasta el día de recobrnarnos  
como amantes que se encontraran!

Otra vez somos los que fuimos,  
cinta de hombres, anillo que anda,  
viejo tropel, larga costumbre  
en derechura a la peana,  
donde quedó la madre-augur  
que desde cuatro siglos llama,  
en toda noche de los Andes  
y con el grito que es lanzada.

Otra vez suben nuestros coros  
y el roto anillo de la danza,  
por caminos que eran de chasquis<sup>5</sup>  
y en respunte de llamaradas.  
Son otra vez adoratorios  
jaloneando la montaña,  
y la espiral en que columpian  
mirra-copal, mirra-copaiba,  
¡para tu gozo y nuestro gozo  
balsámica y embalsamada!

Al fueguino sube al Caribe  
por tus punas espejeadas;  
a criaturas de salares  
y de pinar lleva a las palmas.  
Nos devuelves al Quetzalcóatl<sup>6</sup>

y en las mesetas cansa-cielos,  
donde es la luz transfigurada,  
braceadora, ata tus pueblos  
como juncales de sabana.

¡Suelde el caldo de tus metales  
los pueblos rotos de tus abras;  
cose tus ríos vagabundos.  
tus vertientes acainadas.  
Puño de hielo, palma de fuego,  
a hielo y fuego purifícanos!  
¡Te llamemos en aleluya  
y en letanía arrebatada:  
*¡Especie eterna y suspendida,  
Alta-ciudad — Torres-doradas,  
Pascual Arribo de tu gente,  
Arca tendida de tu Alianza!*

## Todas íbamos a ser reinas

Todas íbamos a ser reinas,  
de cuatro reinos sobre el mar:  
Rosalía con Efigenia  
y Lucila con Soledad.

En el valle de Elqui, ceñido  
de cien montañas o de más,  
que como ofrendas o tributos  
arden en rojo y azafrán.

Lo decíamos embriagadas,  
y lo tuvimos por verdad,  
que seríamos todas reinas  
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,  
y batas claras de percal,  
persiguiendo todos huídos  
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,  
indudables como el Korán,  
que por grandes y por cabales,  
alcanzarían hasta el mar.

Y de ser grandes nuestros reinos,  
ellos tendrían, sin faltar,  
mares verdes, mares de alga,  
y el ave loca del faisán.

Y de tener todos los frutos,  
árbol de leche, árbol del pan,  
el guayacán no cortaríamos  
ni morderíamos metal.

Todas íbamos a ser reinas,  
y de verídico reinar;  
pero ninguna ha sido reina  
ni en Arauco ni en Copán ...

Rosalía besó marino  
ya desposado con el mar,  
y al besador, en las Guaitecas,  
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos  
y su sangre dejó en su pan,  
y sus ojos quedaron negros  
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,  
con su puro seno candeal,  
mece los hijos de otras reinas  
y los suyos nunca-jamás.

Efigenia cruzó extranjero  
en las rutas, y sin hablar,  
le siguió, sin saberle nombre,  
porque el hombre parece el mar.

GABRIELA MISTRAL

En las nubes contó diez hijos  
y en los salares su reinar,  
en los ríos ha visto esposos  
y su manto en la tempestad.

Pero en el valle de Elqui, donde  
son cien montañas o son más,  
cantan las otras que vinieron  
y las que vienen cantarán:

«En la tierra seremos reinas,  
y de verídico reinar,  
y siendo grandes nuestros reinos,  
llegaremos todas al mar.»

## La otra

Una en mí maté:  
yo no la amaba.

Era la flor llameando  
del cactus de montaña;  
era aridez y fuego;  
nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía  
a pies y a espaldas  
y no bajaba nunca  
a buscar «ojos de agua».

Donde hacía su siesta,  
las hierbas se enroscaban  
de aliento de su boca  
y brasa de su cara.

En rápidas resinas  
se endurecía su habla,  
por no caer en linda  
presa soltada.

Doblarse no sabía  
la planta de montaña,  
y al costado de ella,  
yo me doblaba

Sosegó el aletazo,  
se dobló, lacia,  
y me cayó a la mano  
su pavesa acabada...

Por ella todavía  
me gimen sus hermanas,  
y las gredas de fuego  
al pasar me desgarran.

Cruzando yo les digo:  
—Buscad por las quebradas  
y haced con las arcillas  
otra águila abrasada.

Si no podéis, entonces,  
¡ay!, olvidadla.  
Yo la maté. ¡Vosotras  
también matadla!

## La abandonada

*A Emma Godoy*

Ahora voy a aprenderme  
el país de la acedía,  
y a desaprender tu amor  
que era la sola lengua mía,  
como río que olvidase  
lecho, corriente y orillas

¿Por qué trajiste tesoros  
si el olvido no acarrearías?  
Todo me sobra y yo me sobro  
Como traje de fiesta para fiesta no habida;  
¡tanto, Dios mío, que me sobra  
mi vida desde el primer día!

Denme ahora las palabras  
que no me dio la nodriza.  
Las balbucearé demente  
de la sílaba a la sílaba:  
palabra «expolio», palabra «nada»,  
y palabra «postrimería»,  
¡aunque se tuerzan en mi boca  
como las víboras mordidas!

Estoy quemando lo que tuvimos:  
 los anchos muros, las altas vigas,  
 descuajando una por una  
 las doce puertas que abrías  
 y cegando a golpes de hacha  
 el aljibe de la alegría.

Voy a esparcir, voleada,  
 la cosecha ayer cogida,  
 a vaciar odres de vino  
 y a soltar aves cautivas;  
 a romper como mi cuerpo  
 los miembros de la «masía»  
 y a medir con brazos altos  
 la parva de las cenizas.

¡Cómo duele, cómo cuesta,  
 cómo eran las cosas divinas,  
 y no quieren morir, y se quejan muriendo,  
 y abren sus entrañas vívidas!  
 Los leños entienden y hablan,  
 el vino empinándose mira,  
 y la banda de pájaros sube  
 torpe y rota como neblina.

Venga el viento, arda mi casa  
 mejor que bosque de resinas;  
 caigan rojos y sesgados  
 el molino y la torre madrina.  
 ¡Mi noche, apurada del fuego,  
 mi pobre noche no llegue el día!

## La ansiosa

Antes que él eche andar, está quedado  
 el viento Norte, hay una luz enferma,  
 el camino blanquea en brazo muerto  
 y, sin gracia de amor, pesa la tierra.

Y cuando viene lo sé por el aire  
 que me lo dice, alácrito y agudo;  
 y abre mi grito en la venteada un tubo  
 que le mina y le cela los cabellos,  
 y le guarda los ojos del pedrisco.

Vilano o junco ebrio parecía;  
 apenas era y ya no voltijea;  
 viene más puro que el disco lanzado,  
 más recto, más que el albatros sediento,  
 y ahora ya la punta de mis brazos  
 afirman su cintura en la carrera...

Pero ya saben mi cuerpo y alma  
 que viene caminando por la raya  
 amoratada de mi largo grito,  
 sin enredarse en el fresno glorioso  
 ni relajarse en los bancos de arena.

¡Cómo no ha de llegar si me lo traen



Mi grito vivo no se le relaja;  
 ciego y exacto lo alcanza en los riscos.  
 Avanza abriendo el matorral espeso  
 y al acercarse ya suelta su espada.

Y ya no hay voz cuando cae a mis brazos  
 porque toda ella quedó consumida,  
 y este silencio es más fuerte que el grito  
 si así nos deja con los rostros blancos.

## La bailarina

La bailarina ahora está danzando  
 la danza del perder cuando tenía.  
 Deja caer todo lo que ella había,  
 padres y hermanos, huertos y campiñas,  
 el rumor de su río los caminos,  
 el cuento de su hogar, su propio rostro  
 y su nombre, y los juegos de su infancia  
 como quien deja todo lo que tuvo  
 caer de cuello, de seno y de alma.

En el filo del día y el solsticio  
 baila riendo su cabal despojo.  
 Lo que avientan sus brazos es el mundo  
 que ama y detesta, que sonríe y mata,  
 la tierra puesta a vendimia de sangre  
 la noche de los hartos que no duermen  
 y la dentera del que no ha posada.

Sin nombre, raza ni credo, desnuda.  
 de todo y de sí misma da su entrega,  
 hermosa y pura, de pies voladores.  
 Sacudida como árbol y en el centro  
 de la tornada, vuelta testimonio.

No está danzando el vuelo de albatroses

El nombre no le den de su bautismo.  
Se soltó de su casta y de su carne  
sumió la canturía de su sangre  
y la balada de su adolescencia.

Sin saberlo le echamos nuestras vidas  
como una roja veste envenenada  
y baila así mordida de serpientes  
que alácritas y libres la repechan,  
y la dejan caer en estandarte  
vencido o en guirnalda hecha pedazos.

Sonámbula, mudada en lo que odia,  
sigue danzando sin saberse ajena  
sus muecas aventando y recogiendo  
jadeadota de nuestro jadeo,  
cortando el aire que no la refresca  
única y torbellino, vil y pura.

Somos nosotros su jadeado pecho,  
su palidez exangüe, el loco grito  
tirado hacia el poniente y el levante  
la roja calentura de sus venas,  
el olvido de Dios de sus infancias.

## La desasida

En el sueño yo no tenía  
padre ni madre, gozos ni duelos,  
no era mío ni el tesoro  
que he de velar hasta el alba,  
edad ni nombre llevaba,  
ni mi triunfo ni mi derrota.

Mi enemigo podía injuriarme  
o negarme Pedro, mi amigo,  
que he de haber ido tan lejos  
no me alcanzaban las flechas:  
para la mujer dormida  
lo mismo daba este mundo  
que los otros no nacidos...

Donde estuve nada dolía:  
estaciones, sol ni lunas,  
no punzaban ni la sangre  
ni el cardenillo del Tiempo;  
ni los altos silos subían  
ni rondaba el hambre los silos.  
Y yo decía como ebria:  
«¡Patria mía, Patria, la Patria!»

Pero un hilo tibio retuve,  
—pobre mujer— en la boca,  
iluminada que iba y venía

Pude no volver y he vuelto.  
De nuevo hay muro a mi espalda,  
y he de oír y responder  
y, voceando pregones,  
ser otra vez buhonera.

Tengo mi cubo de piedra  
y el puñado de herramientas.  
Mi voluntad la recojo  
como ropa abandonada,  
desperezo mi costumbre  
y otra vez remoto el mundo.

Pero me iré cualquier día  
sin llantos y sin abrazos,  
barca que parte de noche  
sin que las sigan las otras,  
las ojeen los faros rojos  
ni se la oigan sus costas...

## La desvelada

En cuanto engruesa la noche  
y lo erguido se recuesta,  
y se endereza lo rendido,  
le oigo subir las escaleras.  
Nada importa que no le oigan  
y solamente yo lo sienta.  
¡A qué había de escucharlo  
el desvelo de otra sierva!

En un aliento mío sube  
y yo padezco hasta que llega  
—cascada loca que su destino  
una vez baja y otras repecha  
y loco espino calenturiento  
castañeteando contra mi puerta—.

No me alzo, no abro los ojos,  
y sigo su forma entera.  
Un instante, como precitos,  
bajo la noche tenemos tregua;  
pero le oigo bajar de nuevo  
como en una marea eterna.

Él va y viene toda la noche  
dádiva absurda, dada y devuelta,  
medusa en las levanta...

Los peldaños de sordo leño  
como cristales me resuenan.  
Yo sé en cuáles se descansa,  
y se interroga, y se contesta.  
Oigo donde los leños fieles,  
igual que mi alma se le quejan,  
y sé el paso maduro y último  
que iba a llegar y nunca llega...

Mi casa padece su cuerpo  
como llama que la retuesta.  
Siento el calor que da su cara  
-ladrillo ardiendo- contra mi puerta.  
Pruebo una dicha que no sabía:  
sufro de viva, muero de agonía,  
¡y en este trance de agonía  
se van mis fuerzas con sus fuerzas!

Al otro día reparo en vano  
con mis mejillas y mi lengua,  
rastreado la empeñadura  
en el espejo de la escalera.  
Y unas horas sosiega mi alma  
hasta que cae la noche ciega.

El vagabundo que lo cruza  
como fábula me lo cuenta.  
Apenas él lleva su carne,  
apenas es de tanto que era,  
y la mirada de sus ojos  
una vez hiela y otras quema.

... que quien lo cruza:

## El reparto

Si me ponen al costado  
la ciega de nacimiento,  
le diré, bajo, bajito,  
con la voz llena de polvo:  
—Hermana, toma mis ojos.

¿Ojos? ¿para qué preciso  
arriba y llena de lumbres?  
En mi Patria he de llevar  
todo el cuerpo hecho pupila,  
espejo devolvedor  
ancha pupila sin párpados.

Iré yo a campo traviesa  
con los ojos en las manos  
y las dos manos dichas  
deletreando lo no visto  
nombrando lo adivinado.

Tome otra mis rodillas  
si las tuyas se quedaron  
trabadas y empedernidas  
por las nieves o la escarcha.

Otra tómeme los brazos  
si es que se los rebanaron.  
Y otras tomen mi sentidos  
con su hembra

Será mi aligeramiento  
como un apear de ramas  
que me abajan y descargan  
de mí misma, como de árbol.

¡Ah, respiro, ay dulce pago,  
vertical descendimiento!

## La huella

Del hombre fugitivo  
sólo tengo la huella,  
el peso de su cuerpo  
y el viento que lo lleva.  
Ni señales ni nombre,  
ni el país ni la aldea;  
solamente la concha  
húmeda de su huella;  
solamente esta sílaba  
que recogió la arena  
¡y la Tierra —Verónica  
que me lo balbucea!

Solamente la angustia  
que apura su carrera;  
los pulsos que lo rompen,  
el soplo que jadea,  
el sudor que lo luce  
la encía con dentera  
¡y el viento seco y duro  
que el lomo le golpea!

Y el espinal que salta,  
la marisma que vuela,  
la mata que lo esconde,  
y el sol que lo confiesa,

¡Y su hija, la sangre,  
que tras él lo vocea:  
la huella, Dios mío,  
la pintada huella:  
el grito sin boca,  
la huella, la huella!

Su señal la coman  
las santas arenas.  
Su huella tápenla  
los perros de niebla.  
Le tome de un salto  
la noche que llega  
su marca de hombre  
dulce y tremenda.

Yo veo, yo cuento  
las dos mil huellas.  
¡Voy corriendo, corriendo  
la vieja Tierra,  
rompiendo con la mfa  
su pobre huella!  
¡O me paro y la borran  
mis locas trenzas,  
o de bruces mi boca  
lame la huella!

Pero la Tierra blanca  
se vuelve eterna;  
se alarga inacabable  
igual que la cadena;  
se estira en una sobra  
que el Dios Santo no quiebra  
¡y sigue hasta el término